

Como se puede ver, el esclarecimiento público de la verdad y la reparación simbólica y material de las víctimas de la Guerra Civil y sobre todo del período franquista deja mucho que desear si se compara con los casos chileno y argentino. Pese a reconocer esto, parece que la autora se aferra a la idea de que las decisiones llevadas a cabo durante la Transición fueron necesarias en cuanto a que había una limitada capacidad de movimiento por el miedo a un nuevo conflicto.

La Ley de Reparación de 2007 es mencionada en varias ocasiones a lo largo de la obra, pero resulta llamativo que valore esta medida de forma tan positiva justo un año después de su aplicación, sin perspectiva suficiente para ello. Además, la autora no menciona, si acaso de pasada, la existencia de una corriente historiográfica crítica con la Transición, así como tampoco menciona las debilidades con las que cuenta la propia ley. Casi parece que el extenso estudio resultante tenía más bien el objetivo de apoyar la citada ley de Memoria Histórica sin la suficiente visión crítica de la misma. Un capítulo sobre las corrientes críticas con la Transición habría completado el estudio de la autora, ya que lo habría completado con otros puntos de vista y habría tenido la oportunidad de rebatirlos.

En lo que se refiere a metodología, el capítulo sobre el No-Do es muy completo, al contrario de lo que ocurre con el referente a la prensa en el capítulo tercero. Aunque se utiliza el análisis de fechas concretas entre los años 1975-1978 y se amplía analizando las vísperas y los días posteriores, no me parece que fuesen suficientes, más si se tiene en cuenta, como la misma autora expone, que una de las fuentes, El País, no empezó su tirada hasta 1976. Las dinámicas del proceso se reconocen pero tampoco se tienen en cuenta, como ocurre con el 1 de abril y la conmemoración del Día de la Victoria: la autora expone que no se alude a esta efeméride en ninguno de los dos periódicos, pero también expone, en referencia al desfile militar que se realizaba, que la fecha de celebración se cambió, pero no termina considerando dicha fecha dentro del análisis. No se trata de incluir todos los días, pero sí haber tenido en cuenta, como digo, la dinámica del proceso y los sucesos que habrían dado pie a menciones de la Guerra Civil

o la República por parte de El País o el ABC. La legalización del PCE, el asesinato de los abogados de 1977 o incluso las mismas elecciones democráticas, podrían ser ejemplos de ello.

Concluyendo, la obra de Paloma Aguilar constituye un buen estudio del discurso oficial de España desde el final de la guerra hasta la actualidad. Se pueden observar carencias en capítulo sobre la Transición, pero también en el caso franquista, la falta total de mención hacia la verdadera fuente de información de la época (puede que incluso más influyente que el No-Do o la televisión), la radio. No obstante, el hilo y las conclusiones de la autora son claras. Es obvio que el debate sobre la Memoria Histórica en España sigue abierto, lo que muestra que, siendo un proceso modélico a nivel internacional, no parece ser el más completo, como así demuestra su comparación con los casos chilenos y argentinos. La obra, como se ha visto, permite ver cómo la memoria ha sido utilizada por todos, discurso oficial o partidista, para bien o para mal, sin que llegue a solucionarse, finalmente, el conflicto en su totalidad.

Barciela, Carlos, *Recuerdos del Madrid de la posguerra*. Alicante, Universidad de Alicante, 2013, 278 pp.

Miguel Ángel del Arco Blanco
(Universidad de Granada)

¿Quién se esconde tras un libro de Historia? Afortunadamente, hoy la mayor parte de los historiadores hemos despejado por fin la falsa – y siempre interesada– idea de la objetividad imposible al narrar el pasado. Sabemos que éste se reconstruye desde el presente, condicionado no sólo por las fuentes o la metodología empleada sino, también, por nuestro contexto; pero además, cabe resaltar un factor fundamental: la figura del historiador, su educación, sus inquietudes... y su memoria.

Todos los investigadores del franquismo deben conocer a Carlos Barciela. Catedrático de historia económica de la Universidad de Alicante, a él le debemos algunas de las mejores páginas sobre la España de la autarquía, el estraperlo, el racionamiento, la corrupción o, respecto a la guerra civil, la “contrarrevolución” agraria del

“Nuevo Estado”. Su obra atesora, hay que reconocerlo, uno de los mayores méritos que deben reconocerse a un historiador: desmontar los mitos que el poder ha construido sobre lo sucedido. A nuestro juicio, su trabajo terminó, entre otras cosas, con la explicación del hundimiento de la economía de posguerra por condicionantes atmosféricos, el aislamiento internacional o las consecuencias de la guerra; desveló los verdaderos beneficiarios del hambre ajena, dibujando el perfil de los grandes estraperlistas afectos al régimen; y también acabó con la percepción de la dictadura como balsa de aceite donde el orden y el imperio de la ley eran la norma, reconstruyendo un régimen donde la corrupción carcomió a la Administración y a la sociedad.

Por todas estas cuestiones, el historiador interesado en el franquismo no puede ser imparcial ante *Recuerdos del Madrid de la posguerra*, un libro que el propio Barciela describe como unas memorias de su infancia. Porque la obra son mucho más que sus memorias, convirtiéndose en dos cosas más: en un libro de Historia e, incluso, en un libro de historiografía.

El libro recoge los recuerdos de un niño al que le tocó crecer en Carabanchel, entonces un pequeño pueblo en las cercanías de Madrid, al otro lado del río Manzanares. Al pasar las páginas, rápidamente el lector comprende que el protagonista de lo vivido no es tanto el autor, sino un pueblo que, al menos tal y como lo recordaba Barciela, ya ha desaparecido. La línea argumental del recuerdo está vinculada al espacio, a los lugares donde se desarrolló la infancia y que hoy habitan el recuerdo de la memoria personal: palacios desaparecidos, monasterios y conventos, sanatorios mentales, la plaza, cerros vecinos, tranvías... y por supuesto, la nefasta cárcel de Carabanchel. A través de ellos conocemos sus vivencias personales, pero también se nos presenta una crónica –y una denuncia– de la desaparición de un pueblo y de su patrimonio.

Poco sabemos del periodo cronológico del recuerdo: parece que el grueso del relato se centra en los años cincuenta, pero Barciela recurre a su conocimiento como historiador, haciendo alusiones al siglo XVIII, XIX o al periodo precedente a la guerra civil, pero también al testimonio de sus familiares para rescatar los años de la

guerra y la inmediata postguerra de los años cuarenta. Mas, también en la cronología, este es un libro peculiar, porque el autor va más allá de la memoria para relatar el destino de estos espacios, inmuebles y lugares, descifrando la destrucción de su pasado en aras del progreso económico del que siempre sacaría pecho el franquismo.

Como testimonio de memoria, la obra guarda siempre un carácter personal: es un documento de recuerdo, donde el autor rescata para el hoy los personajes, las anécdotas, las experiencias y sucesos de aquellos años. Utilizando una prosa austera, pero llena de sensibilidad y en ocasiones incluso brillante, huye de cualquier academicismo y se centra en lo personal, en lo más íntimo; su pasión por Galdós y por Baroja, citados en numerosas ocasiones, parecen marcar esta línea. De ahí parece explicarse la trama de lo narrado, siempre observando la injusticia y compadeciendo las penalidades de los más débiles.

Como señalamos anteriormente el libro es, además de unas memorias, un libro de historia. Porque no podemos olvidar que el autor, además de ser historiador, es de los mejores conocedores de los años que recuerda. Aquí reside, a nuestro juicio, una de las mayores originalidades de la obra. Porque en sus palabras se deja ver una preocupación por el pasado, por su explicación y por su entendimiento. Por eso, aunque hay espacio para cuestiones particulares, siempre hay una voluntad por mirar a la sociedad, al tiempo y a la sociedad que se recuerda.

Barciela va no sólo a lo que le interesa recordar, sino también a lo que los historiadores pensamos que debe ser conocido por la sociedad a la que servimos. Escoge temas de especial interés y, al renunciar al tono académico y recurrir a la narración del recuerdo, llega donde en sus obras no pueden llegar. Las páginas sobre el hambre, el estraperlo, el frío y la miseria (“Por los márgenes”) son sencillamente impagables. También merece destacarse el capítulo dedicado a cárcel (las cárceles, en realidad), donde sólo la humanidad del historiador que las firma explica que esas páginas trasciendan la memoria personal y se conviertan en historia social colectiva. Por no hablar de las innumerables referencias al peso de la Iglesia, a la obsesiva

moral católica, a las hoy intolerables experiencias educativas, a los confesionarios, o a las denuncias morales sobre cualquier comportamiento que acercase a hombres y mujeres a la libertad.

Terminemos esta reseña exponiendo por qué pensamos que *Recuerdos del Madrid de la posguerra* es, al menos indirectamente, una obra de historiografía. Todos somos hijos de nuestra infancia, aquella época en la que conformamos con más firmeza nuestra visión del mundo. En aquellos años duermen, a veces sin saberlo, lo que somos, lo que amamos, lo que tememos y lo que nos conmueve. Por eso, esta obra explica al autor, respondiendo a por qué decidimos ser historiadores; justifica también porque se preocupa de unas cuestiones de estudio y no de otras; y revela, finalmente, por qué se adoptan unas perspectivas metodológicas determinadas.

Leyendo las memorias de Carlos Barciela explicamos así su oficio, su preocupación por el franquismo y su visión social de la Historia. Sus páginas están inundadas por la voluntad de comprender, de explicar una infancia y, en el fondo, al ser humano, a su grandeza y a su miseria; con ellas evidencia su ansia por entender cuestiones como, por ejemplo, una moral nacionalcatólica represiva que lo llenaba todo, cómo el perdón o la reconciliación no existían, cómo la caridad se sobreponía a la justicia o, también, porqué unos se enriquecieron mientras que otros lucharon por mantener sus cuerpos con vida.

Sabemos que muchos libros de memorias, especialmente los redactados por los grandes personajes, se escriben con la voluntad de justificar lo sucedido, configurando un pasado que los ensalce y los salve. No es este el caso del libro de Barciela. Porque es un libro de memorias escrito por un historiador, que mira a su infancia para explicarse a sí mismo, a su familia y a la destrucción de un pueblo que ya no existe porque fue asolado por el vendaval del progreso. Y porque, además, nos desvela al mismo autor que, desde hace años, ha recurrido a la Historia para explicarnos el franquismo de su niñez, aquel que llegó a conocer y que, afortunadamente, es ya recuerdo y también Historia.

Biorcio, Roberto, *Il populismo nella politica italiana. Da Bossi a Berlusconi, Da Grillo a Renzi*. Milano, Mimesis edizioni, 2015, 160 pp.

Por Juan José López Cabrales
(Universidad de Cádiz)

La crisis de la democracia representativa es un hecho. Un hecho que tras las pasadas elecciones del 20D comienza a manifestarse también en España, donde hasta la fecha el bipartidismo había asegurado cuatro décadas de alternancia pacífica entre dos grandes partidos. Una mirada a las vicisitudes del sistema democrático en Italia a partir del hundimiento del sistema de partidos acaecido en los años 90 tras los escándalos judiciales de la llamada "Tangentópolis", puede ayudarnos a evitar la repetición de errores que empobrecen la noción de democracia y su funcionamiento.

Roberto Biorcio, docente del Departamento de Sociología en la Universidad de Milán-Bicocca, lleva a cabo un análisis sólido y apoyado en numerosas encuestas acerca del fenómeno del populismo en la democracia Italiana de los últimos años. Partiendo de nociones generales acerca del populismo, comienza resaltando que "en vez de proponer remedios a los problemas de los sistemas representativos y comprender las razones de la creciente lejanía de los ciudadanos de las instituciones políticas, se prefiere evocar la amenaza del "populismo" con la esperanza de que el miedo a cambios imprevisibles refuerce y vuelva más aceptables los gobiernos existentes y sus decisiones" (pag. 8, *mi traducción*).

El populismo, muy limitado por la estabilidad de los partidos tradicionales, se convierte en la bestia negra que justifica las limitaciones y corruptelas del sistema preexistente para evitar males mayores. No obstante, como destaca Biorcio, el populismo no se puede considerar una ideología, sino una especie de matriz conceptual en la que a la clase dominante (incluyendo aquí a la élite política) se opone el pueblo. El concepto ha sido utilizado para elaborar propuestas tanto de izquierda como de derecha. En los años ochenta Margaret Canovan propuso cuatro tipos de populismo: dictaduras populistas, democracias populistas, el populismo reaccionario (nacional-racista) y el populis-